

nos de la humana historia, el mundo asiático, el mundo helénico y el mundo cristiano.

XI

¡Bendita sea la Natividad sacra del Señor! ¡Cuán graves y solemnes pensamientos inspira la noche dedicada por nuestra liturgia tradicional á conmemorar el nacimiento de Cristo! La religión cristiana, como las religiones de Grecia y Roma, santifica los dos solsticios, el de verano y el de invierno. En el solsticio de verano, en el más largo de todos los días, la Iglesia celebra la Natividad del Bautista; y en el solsticio de invierno, en el más corto de todos los días, la Iglesia celebra la venida del Redentor, escogiendo el mes de los esplendores para las esperanzas, el mes de los hielos para la realización de estas esperanzas, como si toda realidad, aun la más religiosa, hubiera de traer forzosamente consigo, al cumplirse, dentro de los límites y relaciones de este mundo, inevitables amarguras y tristezas. La noche de San Juan puede llamarse la noche del amor, de la serenata, de la guitarra, de la magia; la Nochebuena puede llamarse la noche del hogar, de la inocencia, de la niñez, de la zambomba y el zorcico, diferenciándose entre sí estas dos noches como puede diferenciarse la enamorada canción del sencillo cuen-

to. Camino de las almas ¡cuán desconocido eres de los míseros mortales! Sabemos el origen de las lluvias y no sabemos el origen de las ideas, aunque las lluvias pasan en el seno de los aires y las ideas en lo interior de nuestro espíritu. Sabemos la órbita de un astro en lo infinito material y no sabemos la órbita de un pensamiento en lo infinito moral. Cuando San Lucas narra, con la sencillez propia de la narración evangélica, sublime sencillez, la fuga de José y María escapados á los rigores del censo romano, la venida de la noche al establo de Belén, el nacimiento de Cristo en las pajas de un pesebre, el cántico de los ángeles en lo alto de la gloria, la reunión de los pastores cargados de rústicas ofrendas y traídos por los coros celestes y por las estrellas errantes, no podía de ningún modo adivinar, sino por una intuición sobrenatural, cómo estas páginas transformaban las almas para desasirlas del sensualismo antiguo y movía las piedras para levantarlas en triángulos místicos por las hermosas catedrales, y elevaba las imaginaciones con alas nuevas á las cumbres de lo ideal, y producía otros Estados en la sociedad, modificando desde las instituciones hasta las costumbres en renovación lenta, y profundísima, y universal, consecuencia indeclinable de una compenetración mayor entre el humano y el divino espíritu. Pero de-

jemos estas reflexiones, que ni caben ya, ni pueden caber en este nuestro tema. Examinen otros si la Nochebuena se instituyó por la Iglesia helénica ó por la Iglesia romana; si designó San Agustín el 24 de Diciembre para la Natividad, San Epifanio el 6 de Enero, y otros padres, en sentir de San Clemente Alejandrino, fines de Abril y Mayo; si en su Homilia trigésimaprima el Crisóstomo dice que diez años antes de pronunciada tal arenga desconocía tamaña festividad: dejemos á los que de sabios y eruditos suelen preciarse dilucidar tales cuestiones y vamos á recordar cómo la Natividad santísima del Salvador, este acto supremo en la vida sublime de María, suele comprenderse y festejarse por los pueblos cristianos, á que nosotros pertenecemos por virtud y obra de nuestra raza y de nuestra sangre. La vida entre los pueblos marítimos, sobre todo por las orillas mediterráneas, donde tiene tanta hermosura el suelo y el aire tanta luz, la vida en tierra embalsamada por el azahar, bajo un cielo embellecido por el arrebol, junto á unos mares plateados de espumas que resaltan sobre aquella superficie de cristal azul, la vida guarda indecible poesía en tan deslumbradores sitios. Para gustarla precisa ir, no á la ciudad, al campo, á las aldeas; no al puerto mercantil, oscurecido por los vapores de la hulla y cubierto por los

productos del comercio, sino á la playa casi desierta, donde, so las aguas, tan transparentes como cristalinos manantiales, se ven jugar y chispear, quebrando el resplandor de la luz en sus escamas los multicolores pececillos. El día se dobla en la celeste superficie; el aire se carga de unas exhalaciones que facilitan la respiración y enardecen la sangre; las casas y chozas de los pescadores se amontonan á la orilla como aguardando el oleaje á guisa de la Galatea del Idilio; la barca yace inmóvil sobre las arenas esmaltadas de conchas, entre las cuales brilla, como gigantesco trozo de azabache, la brea luciente; aquí saltan los chiquillos, corren con sus trajes de dril azul y sus gorros de lana carmesí; allí mécese la red tendida de higuera en higuera y el cenacho cubierto de algas y aparejado para contener las marinas cosechas; allá cantan los calafateadores que componen las naves apercebidas á desafiar las tempestades; acullá claman las pescadoras, semejantes con sus pies desnudos y sus cabezas coronadas por la circular cesta á las estatuas conocidas entre los griegos con el nombre de canéforas; acullá se dilatan los grandes copos recién extraídos, entre cuyas mallas, prendidas al término de largas maromas, centellean, mezcladas con el moho verdeoscuro, cristalizadas partículas, semejantes á pedrería, y salta la pesca bri-

llantísima coleteando, mientras por los límites del horizonte pasan latinas velas hinchadas de soplos favorables y seguidas por las gaviotas ó por las golondrinas que vuelan en torno, acompañadas de los delfines que parecen volar entre las espumas batidas por sus lustrosos cuerpos, rompiendo con la quilla y con la proa el agua para dejar tras de sí fugaces pero luminosas estelas.

En estos grandiosos espectáculos, nuevos á la continua, necesariamente las almas de los pueblos, como las almas de los individuos, toman brillantísimos esmaltes. Sus fiestas han de resultar por necesidad poéticas y alegres. Yo recuerdo aún la poesía que todos los años me reservaba en el santo seno de la familia esta festividad incomparable de la Nochebuena. Por la tarde amontonábanse las castañas y las bellotas que se cocían á una en descomunales ollones; los recentales, y las gallinas, y los pavos que se aderezaban para el día siguiente; la dulce peladilla de Alcoy; los turrónes hechos con azucaradas almendras de Gijona ó de Alicante; los frescos cardos aporcados en los hermosos bancales; tantas gollerías propias de las Navidades. Los muchachos agujereaban los pucheros que les caían en las manos, y tapándoles la boca con pieles de conejo secadas al fuego, en cuyo centro ponían unas cañitas, arreglaban las ruidosas zambom-

bas. Industrias no menos primitivas procurábannos todos los demás instrumentos. El pandero con sus ruidosísimas sonajas, las castañuelas con sus lazos de seda, habían menester más aparato; pero los rabeles, aparejados con una guita untosa y los caramillos de cañas que podría envidiar el dios Pan, improvisábanse allí en el patio y en el corral de nuestra casa. Cuando venía la noche, noche de invierno, generalmente fría y lluviosa, mientras el viento aullaba en los ramajes, ó caían, ya el agua, si nublado, ya el hielo, si sereno; bajo las anchurosas campanas de las chimeneas chisporroteaban los sarmientos, tan fáciles al fuego, produciendo llamaradas, sobre cuyas rojas luces brillaban á guisa de meteoros, entre las columnas de humo, centellas múltiples, y en la roja ceniza deslumbraba nuestros ojos el nochebueno, el inmenso tronco de oliva ó encina, reservado de antiguo para este momento y parecido á una inmensa gigante brasa. ¿Y el nacimiento de Cristo? Las estatuas y los cuadros que luego he visto en mis correrías por el mundo no han conseguido sumergir mi ánimo en el éxtasis sugerido por aquellas toscas figuras de barro cubiertas por colorines chillones. Sobre una mesa de pino echábamos un tapete de muselina ó de india con varios ramajes y flecos. En torno de la mesa nosotros mismos amontonábamos el espliego,



la salvia, el tomillo, recién cortados del monte, que formaban como alfombra mullida, la cual, á nuestras pisadas, despedía fortificadoras esencias. Una peña de cartón polvoreada de vidrio, á cuyas facetillas denominábamos vidrio volador en jerga provincial, representaba el Belén, tomando á los reflejos de las velas contenidas en candelillos de plomo y en las arañas de latón visos de un rocío luminoso. Por las quebradas, entre hojas de lentisco, descendían, reproducidos en barro, los borregos de blancos vellones y las ovejas, regidas por un pastor, quien llevaba para el Niño Dios, colgado al cuello, un tierno recental. Aquí un viejo con pellica y zurrón aderezaba las migas puestas en perol anchísimo á la lumbre; allí una fuerte labriega, con su azul zagalejo y su negro corpiño, sobre cuyos pliegues blanqueaba un pañuelo de hilo, dirigía los potros al abrevadero; más lejos retozona muchacha parecía cacarear, según lo hinchado de sus mofletes, como las gallinas que comían trigo y arroz á sus pies; acullá un campesino empinaba la bota de rodillas, mientras otro cofrade suyo, asentado sobre un saco de avena, encentaba el pan ó el queso; en las alturas veíase brillantísima constelación de talco, que guiaba los reyes magos, caballeros en sus hacaneas y envueltos en sus mantos de púrpura y armiño, con sus coronas áureas

á las sienes y sus vasos de mirra en el puño, mientras abajo, sostenido por un ángel de túnica celeste y blanca el *Gloria in excelsis Deo* en letras de oropel, y bajo tanta enseña el pesebre con la mula en un lado y el buey en otro por el término primero; por el segundo la Virgen y San José, ambos poseídos de una contemplación extática, y sobre las pajillas el recién nacido, al cual besábamos como á un pequeñuelo de veras y adorábamos como al Dios de la verdad. Entonces, aunque supiéramos el *Musa, musæ*, no sabíamos gran cosa de tradiciones mitológicas, y, por consiguiente, no llegábamos á comprender toda la importancia conseguida por los bueyes en la religión de los pueblos. No hubiéramos vuelto con poco desprecio el rostro, bostezando y soñolientos, á quien viniera diciéndonos cómo el buey con la vaca representan la fecundidad de la vida en los himnos vedas; cómo la luna creciente, que se alza por los cielos enrojecidos, inspira la idea de que el toro, compañero de su dios Mitra, debe ser el primer animal criado sobre la tierra; cómo la vaca rubia simboliza de suyo la riente aurora y augura el buen tiempo, al par que la vaca negra simboliza la noche y augura la tempestad entre los supersticiosos eslavos; cómo, según los antiguos alemanes, los cuatro bueyes, hijos de Gefión, surcan y remueven la tierra patria con sus

arados, y según los antiguos franceses un toro de piel atigrada engendra la raza de los merovingios al borde mismo de los mares; cómo Júpiter viene, según los metamorfoseos helenos, sobre las ondas jonias á las poéticas orillas donde naciera Europa; en las creencias nuestras de aquel entonces era el buey, cuya piel, cuyos huesos, cuya carne, cuyos trabajos aprovechan á todos, el más útil entre los animales, á causa de haber calentado con su aliento al Niño Dios, aterido en la terrible noche de Diciembre, y la mula estéril por haberse tragado la paja del sacratísimo pesebre. ¡Con qué gravedad predicaban los muchachos mayores sobre tal tema delante del Belén iluminado, mientras los pequeños oían á una con verdadera pasión, tan pronto para dar un bollo al pacífico buey como para romper un hueso á la mula espantadiza y estéril! ¡Qué noche! Los oídos más acostumbrados al estruendo no podían sufrir las castañuelas repiqueadas, el gárrulo pandero, la rimbombante zambomba, los caramillos con sus flauteos, los rabeles con sus chirridos, las sonajas llenas de perdigones, el campaneó de las almoreces, el rasguear de las guitarras y los innumerables cantares á cuyas cadencias danzaban todos en tropel delante del Niño Dios con la más desenfrenada alegría y promoviendo las más regocijadoras algazaras. Sin embargo, el

movimiento continuo de aquella tarde, las idas y venidas desde las cocinas al Nacimiento, los arreglos del Belén, el cántico y el baile acababan por del todo rendirnos y prestarnos un sueño más pronto y más profundo que nuestro sueño corriente, quedándonos medio dormidos sobre las sillas y los bancos, hasta que las campanas de las parroquias nos despertaban llamándonos á misa del gallo, cantada en la media noche, donde á todos los estruendos se reunían las trompetas del órgano. ¿No os ha pasado muchas veces, viendo moverse un corro de niños en Nochebuena alrededor de un Nacimiento, apoteosis religiosa de la niñez, deteneros á pensar en las amarguras y en las tristezas que les reserva la vida? Aquel mismo infante divino, que nace entre los coros de los ángeles, bendecido por los pastores, adorado por los reyes, sudará sangre copiosa en el Olivete, recibirá hiel y vinagre en los labios, oirá injurias en su agonía y morirá como el último de los criminales en el más ignominioso de los patíbulos.

El grande arte ha exaltado también, sobre todo la pintura, el nacimiento de Cristo. Pocas escenas de la religión cristiana pueden ofrecer al pintor asunto de suyo tan artístico y conmovedor. Así los mayores, entre aquellos que más descollaran en las artes del dibujo, no dudaron en trasladar á pare-

des, tablas, lienzos, este idilio religioso. Los ángeles en el cielo y los pastores en la tierra; el Niño Dios, desnudo sobre las amarillas pajas; la mula y el buey, que á una, con los humos de sus alientos, lo abrigan; el varon justo, representado por José, ya viejo; el éxtasis de la madre, absorta en ver y contemplar al tierno recién nacido; los cánticos de gloria resonantes en las alturas y mezclados con los rabeles y las zampoñas pastoriles; las estrellas luciendo con luz más viva, como si acabaran de brillar en los espacios inmaculados y no hubiesen recibido el hálito de nuestras culpas en sus espléndidas esferas; todos estos asuntos y todos estos objetos á maravilla en sus combinaciones se prestan para el arte cristiano por excelencia, cual se prestaban los viejos dioses clásicos en su tranquila serenidad para el arte por excelencia heleno. Un verdadero pintor florentino ha trazado este bello argumento en cuadro que guardan las galerías de Florencia. El escenario resulta en tal obra esencialmente italianizado, mejor dicho, de pura y antigua Toscana. Las montañas extendidas en las dos orillas del Arno, que semejan pirámides orientales é intercolumnios griegos, con los hermosísimos valles etruscos de severa vegetación y de colinas armoniosas, componen todo su fondo. En segundo término alzase lo que podríamos llamar

campesino sombrero: una choza meridional, á todos los vientos abierta, como se necesitan en los territorios de nuestras hermosas regiones, tan estrechamente unidas con el hombre. Aquel suelo no se parece de ningún modo al árido y abrasado suelo de Palestina. Fresco césped, cubierto por gayas flores, con especialidad por bien olientes lirios, lo alfombra. En tan mullido y verde tapiz, bien puede reposar el Niño Dios, con su aureola de luz increada en la frente y sus brazos y sus piececillos levantados al cielo en guisa de voladoras alas. A la izquierda tres pastores, que representan la juventud, la edad madura, la vejez, contemplan á una, en éxtasis, el cuerpecillo, donde se compendian la divina misericordia y la humana redención. A la derecha María, como fuera de sí por completo, enajenada en arrobamiento y deliquio superiores á todo lo imaginable por nuestra fantasía, en arrobamiento y deliquio propios de las madres. José, menos interesado en la escena, con reposo digno de cualquier estatua clásica, en edad que no puede atraer á las mujeres ya, muy anciano, diciendo así que ha nacido, no para generar á Cristo, para sostenerlo y alimentarlo, representa bien diversos afectos de los representados por María, y significa una como externa protección y defensa del tierno Niño y de la débil

mujer. Compiten á una con la belleza de María la belleza de los ángeles puestos á sus costados. Hay cuatro, dos niños como de siete años, dos jóvenes como de catorce. Ninguno tiene aquel místico resplandor que las aladas criaturas del Angélico parecen traer desde un mundo superior, al cual acaban de abandonar en su arribo á este nuestro mundo. Los ángeles de Credi tienen alas, pero semejantes á las de muchas aves, que no vuelan, y á quienes tan sólo sirven para un paso más aligero por la tierra. Plumas, aureolas, túnicas no bastan á darles aires místicos. Aquellas figuras tan sólo recuerdan y significan la incomparable adolescencia del Renacimiento florentino, que reza en la cuna de Jesús, pero enardecida por el mosto de Chío escanciado en copas áureas cincelas por escultores muy semejantes á los antiguos de Grecia en la hermosura perfecta y en el cincelado increíble. Aunque muy helénico, cual todos estos artistas, que han volado entre los crepúsculos vespertinos del siglo décimoquinto y las alboradas hermosísimas del siglo décimosexto, descúbrese muy pronto que Lorenzo Credi pertenece al período henchido por la predicación de Savonarola, en el cual parecía renovarse y rejuvenecerse la vieja religión católica. Tanto es así, que dió á la hoguera, tras un sermón exaltadísimo de aquel extraor-

dinario monje, sus obras profanas. Pero como fuese piadosa la noble Adoración de los Pastores, preservóla el autor de aquellos extravíos, guardándonosla para que pudiésemos admirar en sus religiosas figuras la fresca encarnación de los tiernos cuerpos y el gesto de candor que brilla en los divinos rostros.

¡Cuántos cuadros de igual asunto podríamos recordar ahora! Los mismos pintores del Norte han tratado tal religioso idilio. Alberto Durero llegó á trazar una especie de mesón germánico, donde sucede la Natividad. En la enseña de semejante posada vense con sus propias abreviaturas y cifra el año noveno de la décimasexta centuria, en que pintó su cuadro. Todo responde allí al más exagerado naturalismo: paredes ruinosas, en las cuales ha producido el húmedo ambiente Norte musgos, mohos y otras parietarias plantas; arcos vulgares de ladrillo, como los corrientes y usados en Alemania; la mansión helvética, levantada sobre pilotes y dispuesta para contrastar los vientos y las aguas; el vestíbulo donde hay un viejo trabajador, que vierte un pozal de agua recién escanciada en vulgar ánfora; María, de corte muy ordinario, adorando á su hijuelo desnudo sobre unos pañales; José, cuyo aire piadoso desdice de la general vulgaridad; la mula y el buey, que miran á Jesús con ojos avizo-